

Gasto farmacéutico. Cada año un poquito más...

¿Debería preocuparnos? Pues en varios sentidos la respuesta debe ser afirmativa. Por una parte, lo que un país se gasta en farmacia no se lo gasta, en general, en políticas de prevención y en campañas de salud y por otra parte, aunque sin pruebas, todo hace pensar, que detrás del incremento del consumo de fármacos hay abuso de uso.

Este incremento, naturalmente, no es un problema de país; el gasto farmacéutico aumenta en todo el mundo civilizado, salvo en algún país como Grecia, que lo ha reducido y probablemente no haya sido por mejora de las políticas sanitarias sino por la precariedad económica.

En España el gasto farmacéutico del año 2018 fue de 10.170 millones de euros un 2,6 % más que en el año 2017, lo que supone el 0,83 % del PIB (PIB/2018 España 1.208 428 millones de Euros).

Alguno de vosotros veo que lleváis unos minutos preguntándoos, si este corresponsal se ha vuelto loco o está cambiando de oficio. En principio ni lo uno ni lo otro, una amiga en la gestión me remitió hace unos días el artículo de Cristina Roure (CR)¹.

El artículo de Cristina, mujer de sobrada experiencia en temas sanitarios, destaca dos circunstancias muy preocupantes que despertaron mi curiosidad: el crecimiento del consumo desorbitado de los medicamentos y la sobremedicación de la población. Ambas son muy tóxicas para cualquier sistema sanitario, sobre todo público, en el que por ley están subvencionados, casi de manera universal, los tratamientos farmacológicos. La carrera desenfadada del precio de los medicamentos tiene, a veces, poca justificación. Sí, la investigación es cara pero a veces la innovación farmacológica se reduce a una leve mejora de una molécula ya comercializada que añade poco al resultado terapéutico final. Otras veces es la inclusión en el arsenal terapéutico de fármacos muy sofisticados que sobre el papel no han demostrado todavía su valor con evidencias clínicas suficientes. La industria farmacéutica, como buen negociante, se toma muy en serio su *marketing* y presiona a unos y a otros para conseguir sus objetivos, vender.

En el mismo artículo de CR se puede leer que ese mismo año 2018, el gasto farmacéutico en Cataluña fue de 2500 millones de euros, lo que supuso un incremento del gasto de 550 millones de euros en los cinco últimos años. Estas cifras cohabitaron durante este periodo de tiempo con mermas en otras necesidades sanitarias como son las infraestructuras, equipamientos y personal sanitario, etc. De forma anecdótica, F Puigventós² comenta en su libro *Medicamentos: ¿derecho humano o negocio?* que con los 550 millones de incremento de gasto farmacéutico se podrían haber contratado a 11.000 profesionales sanitarios.

Ya cerrando mi comentario, en cierto modo me veo involucrado en este desenfreno económico. Los intervencionistas constantemente nos vemos sometidos a la presión de nuevos dispositivos que también sobre el papel son fantásticos y curan solamente con comprarlos. La prudencia y la investigación clínica nos deben aconsejar sobre la incorporación de estas herramientas tan prometedoras y no solo por cuestiones de seguridad para nuestros pacientes sino también por razones económicas. Los intervencionistas como profesionales del sistema cada día deberemos ser más responsables con el gasto, lo que no significa no gastar, sino gastar bien.

MA de Gregorio

Catedrático de Universidad

| REFERENCIAS

1. Cristina Roure. Innovación farmacéutica ¿Al servicio de quien? Avances en Gestión Clínica viernes 19 de julio 2019
2. Fernando Lamata, Ramón Gálvez, Javier Sánchez, Pedro Pita, Francesc Puigventós. Medicamentos: ¿derecho humano o negocio? Ediciones Díaz de Santos. Madrid 2017. ISBN:978-84-9052-050-5.